

DE ACTUALIDAD



# FE DE ERRATAS

Hay erratas felices, erratas que le hacen decir a uno algo más fino o más penetrante que lo que se propuso. Hay erratas sugestivas, tan sugestivas como un consonante obligado en la versificación rimada, y por esto Carducci habló de la "rima generatrice". En una de las obras de Ernesto Renán —creemos recordar que en la dedicada a Averroes y el averroísmo— habla el maestro de los "dilettanti" de la fecundidad de las erratas, de como de una errata, y para justificarla o explicarla, puede surgir una nueva teoría o todo un nuevo sistema filosófico. Y hasta un dogma nuevo.

Pero las dos erratas de que vamos ahora aquí a dar cuenta son de más modesto alcance. Ni teoría, ni sistema filosófico, ni menos dogma nuevo vamos a sacar de ellas.

En nuestro último artículo en estas columnas, el titulado: "Lo más grave de todo", aparecido el 24 de este mes de julio, se decía que "el gabinete actual cuenta en su seno a un exquisito técnico de la adulteración artificiosa de la virtud". Escribimos "verdad" y no "virtud". Lo que ese técnico —a quien supusimos exquisito "propter elegantiam ser monis"— adultera no es la virtud, es la verdad. Es decir, no sabemos si adultera o no alguna virtud. Lo que sí es que la verdad no se le puede llamar virtud. La virtud de la verdad es la veracidad, y su opuesto la mendacidad. Mendacidad, con a en la segunda sílaba, y no mendicidad.

Y aquí viene la otra y la mayor errata, la gorda. Al hablar del despotismo, para diferenciarlo de la tiranía, dijimos que es aquél el régimen de la clandestinidad, del secreto, del falseamiento de la verdad y hasta de la mendacidad — con a — oficial descarada, y nos hicieron decir que de la mendicidad. ¡Bien está! Y si no tuviésemos el horror que tenemos a los camelos diríamos que la mendicidad se basa en la mendacidad. El mendigo, el pordiosero, es naturalmente mendaz, embustero.

El régimen actual político en España, sobre todo en las situaciones llamadas conservadoras — como si todas no lo fuesen desde hace cuarenta y cinco años — y más especialmente en las "idóneas" se basa en la mendacidad y vive del engaño, y acaso porque no se basa en la mendicidad. Los gobiernos viven de limosna. El, que se llama Poder público y no es sino la impotencia pública, vive de la desdenosa limosna de su supuesta agencia el Poder armado y de otras agencias. Ya Maura habló de los que no dejan gobernar. Y son junto a la fuerza pública armada o mejor a los que la manejan, poderosas Compañías. Son el sable y el dinero.

Y como el llamado Poder público, desde la más alta encarnación de él, está a merced de esos otros poderes irresponsables, a los que haya que añadir acaso alguno o algunos extranacionales — si bien en rigor lo mismo la alta Banca que la Fuerza Armada son hoy poderes internacionales o mejor extranacionales — vive de limosna y adquiere hábitos de mendicidad. Y con ellos de mendacidad. El arma del débil es la mentira, y es el arma de nuestro debilísimo Poder público.

Político que se haga un deber sagrado el de no faltar a la verdad, el de no desdecir lo que una vez haya dicho, el de no adulterar o falsear o tergiversar los hechos difícilmente llegará hoy en España a un ministerio y si llega poco tiempo durará en él. Y como, además, para llegar a ese puesto ha sido casi siempre preciso entregarse a una carrera de pordiosería, de mendicidad, más o menos encubiertas, hase adquirido en ella costumbres de mendacidad. Y pasan por más hábiles los más mendaces, los más embusteros.

La mendacidad es, con la mendicidad, la plaga más terrible de esta España desde la Restauración acá. Lo que más se restauró fué el imperio de la mentira. Y no ha faltado político del turno que ha declarado públicamente que la lealtad exige a las veces el tener que mentir. Y esto

menos mal, pues el que así se expresa apenas si miente. El que al mentir está con el gesto, con el tono, con el guiño, con el retintín, diciendo que miente, no miente. Las llamadas mentiras convencionales no son tales mentiras. Las terribles, las verdaderas mentiras son otras.

El aludido técnico, o profesional, de la adulteración de la verdad — esto es un eufemismo — es también un caso de política mendicante, con todas sus consecuencias.

Va a entrar agosto. Recordamos el de hace tres años. Entonces un Gobierno, presidido por el que preside el de hoy, vivía de limosna, a merced de poderes irresponsables y en parte ocultos. Y para poder vivir así, mendicantemente, tuvo que servirse, como de arma suprema, de la mendacidad. Los centros oficiales se convirtieron en fraguas de mentiras. Infestóse toda España y la plaga continúa. Estamos sufriendo, lo mismo en el orden nacional que en el internacional, las terribles consecuencias de aquel régimen de mendacidad aguda, desenfadada y loca, casi delirante. Pesa sobre la España de hoy una montaña de imposturas oficiales.

MIGUEL DE UNAMUNO

